

principalmente la de la gran Madre de Dios. Desead ardientemente supeditar vuestras pasiones, sobre todo la que tiene mayor predominio sobre vosotros. Sea este vuestro mayor deseo, vuestro mayor empeño, el principal objeto de vuestros afanes, así como lo es por parte del infierno el haceros sucumbir á la fuerza de las tentaciones. Encaminad á este fin todas vuestras penas, todas las oraciones, todas las penitencias y obras buenas que practiquéis, y estad seguros de que Dios os concederá la victoria.

Véase : MORTIFICACION, y PRUDENCIA.

RIQUEZA.

I.

Beatus qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris.

Bienaventurado el que no anda tras del oro, ni pone su esperanza en el dinero y en los tesoros.

(EccL. xxxi, 8.)

El desarrollo indefinido de la prosperidad material, enseñado por la ciencia moderna y puesto en práctica por el siglo actual, es una gran realidad, un error grande, y el gran peligro de estos tiempos. ¿Hay remedio á tamaño mal? ¿Hay solución á tales embarazos? No temo decirlo; persistiendo la sociedad bajo el imperio de las ideas que reinan en demasía desgraciadamente, y continuando aquélla secundando ese movimiento del siglo, tal como actualmente existe, no hay remedio humano, y solo queda el remedio cristiano.

Dos soluciones hay del todo distintas entre sí; la una material, moral la otra. La solución material es la que ha de conducirnos al resultado material que se propone la ciencia, y que nosotros nos hemos de proponer también. La solución moral es, sin contradicción alguna, la más profunda y más directamente cristiana; y consiste en

dar á los que no pueden ser ricos una inmensa compensación, para contrabalancear en lo posible esa transformación de la pobreza y de la riqueza.

La solución primera, aunque mucho ménos cristiana que la segunda, es útil, sin embargo, y yo no veo en ella nada que se oponga directamente al cristianismo; yo la creo empero muy oportuna para preparar la sociedad á la solución moral. Permittedme hoy que prescinda de la solución moral, é indague con vosotros el modo de realizar la solución material.

Digo, pues, que el siglo no puede presentar solución á la dificultad que él mismo se ha creado, y, en segundo lugar, que el cristianismo encuentra esta solución. Este es el objeto del presente discurso. Antes de entrar en el asunto, pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Y desde luego, si aceptamos nosotros el problema de la riqueza, tal como se dá por sentado por la ciencia; y si tomamos ese movimiento contemporáneo, tal como existe, es evidente que no presenta solución humana, por una razón que os parecerá muy sencilla; y es, que en el fondo de este problema lo que hay no es una incógnita, sino un imposible; y en el término de este movimiento lo que hay no es una realidad, sino una quimera, un fantasma. Y en efecto, la incógnita que se busca, el término de ese movimiento, es, en un porvenir más ó ménos alejado de nosotros, la riqueza para todos. Y bien, hermanos míos, sobre esto no hay más que una respuesta; y la tierra desde el fondo de sus entrañas, y la historia desde el fondo de los siglos, y la humanidad desde su conciencia, ellas dicen todas á una voz: ¡Imposible! imposible! imposible!

Pregunto en primer lugar: ¿es que hay efectivamente en este globo que habitamos el poder de aumentar indefinidamente la suma del bienestar; ese poder tan halagüeño como misterioso que tanto encomia la ciencia? No, mil veces no. Preguntad á la tierra; y la tierra os dice: Yo soy un punto en la inmensidad; yo estoy encerrada en límites estrechos; desalto para ante todos los siglos al ingenio y á la ciencia á que saquen de mi seno el poder indefinido de producir, poder que Dios ha reservado en el santuario de lo infinito. ¿Se ha encontrado jamás, hermanos míos, en ninguna época de la historia, un pueblo tan solamente, en el cual se hayan visto sentados á un tiempo mismo y juntos todos los hombres sosegados, felices, contentos, al banquete de la riqueza? No, esos pueblos no existen sino en las novelas y cuentos de hadas; pero jamás existieron ni existirán en

la realidad de la historia. Y la naturaleza, nuestra naturaleza humana ¿tiene por ventura dentro de sí misma voz alguna que le profetice este porvenir, es decir, *riqueza ilimitada para todos*? No, hermanos míos, no: nuestra naturaleza nos dice: el hombre es libre, y el mal está en el hombre, existe y vive en el hombre; nuestra naturaleza nos dice, por consiguiente, que siempre saldrá del fondo de nuestra naturaleza á impulsos de nuestra libertad y de nuestros vicios la miseria y la pobreza, como los ríos salen de sus profundos manantiales en la tierra. La miseria va, viene, sube, baja al remolque de nuestros vicios, pero quedándose siempre en gérmen dentro de nuestra humanidad: Ha de haber pobres siempre!

Pero me figuro que entre vosotros hay quienes me digan en el fondo de su alma: La cuestión no consiste en hacer que no haya pobres en la tierra, y nosotros aceptamos de todo corazón esa profecía con la suerte desgraciada que nos anuncia, á saber: que ha de haber pobres en todo tiempo; mas la cuestión verdadera y legítima se reduce á averiguar y poner en práctica medios de hacer que haya los menos pobres que sea posible. En tal caso, el problema es legítimo, es cristiano; cristiano por la idea, cristiano por el fin. Mas yo persisto en sostener, que debe ser cristiano además por el medio; sin este requisito no hay solución humana, y vais á verlo con un hecho evidente. Do quiera ha logrado la ciencia económica sensualista su mayor desarrollo, debíamos ver los resultados siguientes: la pobreza, disminuyéndose de más en más: el número proporcional de pobres comparativamente á los ricos, yendo siempre menguando; y en cada pobre, abajándose más y más el nivel de la pobreza. Pues bien, el resultado ha sido enteramente contrario. En efecto, do quiera que la economía sensualista haya obrado ó ensayado el desarrollo indefinido de la riqueza, se ha obrado al propio tiempo un desarrollo paralelo de miseria; y lo muy singular es, que han seguido constantemente á ese progreso estas dos proporciones: dicho progreso ha sido proporcional al desarrollo de la riqueza, y proporcional también á la aplicación de los principios de la ciencia; y de tal modo y tan característicamente, que el desarrollo de la miseria se encuentra en proporción paralela á la aplicación y á los triunfos de la ciencia inventada para aniquilar la miseria. Me podréis tal vez números: yo os los podría dar; los hay muy exactos, y dan por resultado las proporciones que acabo de presentaros. Pero cuando se tiene delante de sí un vasto horizonte, tan vasto como la Europa, alumbrado por el sol del siglo, y que se está hablando á hombres de este siglo, y que se puede decir á estos hombres: ¡mirad, y ved! sería envilecer la palabra presentando números.

Pero lo que hay más temible en este asunto es, que lo que decimos no es un accidente, un hecho aislado, sino que es un hecho necesario; y una vez sentados los principios de la ciencia, es un hecho normal. En otro tiempo se precipitaba también sobre las naciones la miseria: hacia irrupción en ellas con sacudidas fuertes é inesperadas producidas por guerras desastrosas ó por conspiración de los elementos. Mas al presente, ya sea que nos azoten los elementos, ya que nos asuele la guerra, ved aquí lo que sucede: se están viendo bajar muchedumbres con marcha regular todos los grados de la miseria. Desde seis mil años há, Dios ha dado en la tierra imperio á la muerte; se diría que, desde hace un siglo, la ciencia tiene que dar el imperio á la miseria. Hay en efecto cada día, bajo el imperio de la economía social sensualista, cierto número de hombres felices que caen en la miseria; y esos desheredados de la riqueza no dejan en pos de sí más que unas cuantas fortunas, unas raras venturas que tienen inevitablemente por acompañamiento una muchedumbre empobrecida. Ahora bien, cuando tamaño mal se ve cundir en proporciones tan vastas y de una manera tan regular, aún dado caso que no se conociese la causa del mal, se puede afirmar, que la sociedad se encuentra bajo el imperio de una idea falsa é impelida y llevada por ese movimiento, que conduce tarde ó temprano al desastre. Y desde luego, no hay alternativa: ó hay que volver á subir la pendiente cuesta arriba, ó bien dejarse arrastrar cuesta abajo. Esto es inevitable.

Todos los remedios que se tratan de poner á este gran mal, no hacen sino aumentarlo, agravarlo. Bastará un solo ejemplo. Entre los remedios que se han ensayado, uno de los más ingeniosos es este, á saber: combatir el desarrollo de la miseria con el desarrollo del lujo. Este remedio no pasa de ser un expediente ingenioso; no es sino un paliativo; pero ¿qué digo? es un remedio que redobla el mal. Pero yo supongo que todo lo que se intenta prospera á las mil maravillas; doy por sentado que todo haya salido acertado; que el comercio haya desplegado sus alas, que haya llevado la riqueza á todas las riberas, á todas las playas, como el vapor transporta á unas y otras á los hombres. Pues bien; ved lo que resulta de este gran éxito, y es: de un lado, en los que especulan, una mayor codicia de lucro; y en los que trabajan, mayor ansia de descanso, y en todos un vivo deseo de gozar. De un lado y otro se desarrollan egoísmos espantosos, y estos egoísmos de lo alto, y estos egoísmos de lo bajo se están mirando, por una parte, con desprecio, y por otra, con enojos que van siempre creciendo. ¿Es que no nos suministra la historia de nuestro tiempo sobradas lecciones para instruirnos?..... Tal es precisa y ca-

halmente la situación en que se hallan las sociedades: si se detiene estanca la riqueza, se manifiesta el mal; y si aquélla se despliega y desarrolla, crece éste: si nos detenemos, resulta un peligro; si andamos, resulta otro. Paso estrecho y cortado, por el que tiene que caminar empero la sociedad aterrada, con un abismo á su frente, otro á su espalda; un precipicio á derecha, otro á izquierda... y, sin embargo, no hay medio de detenerse, y hay que marchar.

De aquí resultan inmensas dificultades y embarazos para aquellos á quienes llama Dios á gobernar las naciones de este tiempo. En vano quisieran oponerse al remonte inmoderado de la riqueza... porque las ideas impelen, las ambiciones las codician; y todas juntas empujan á los gobiernos y les hacen marchar por la pendiente en donde parece haber sido precipitada la humanidad entera. ¿En dónde se detendrá el torrente?... Viendo estais las poblaciones como van corriendo en alas del viento por esos caminos de hierro, risueñas, alegres, á una fiesta nacional, conversando á su satisfacción sobre las ventajas de la industria. De repente hácese sentir un sacudimiento fuerte, y ha suspendido el convoy á lo alto de un abismo. Y ¿qué es lo que ha sobrevenido? La máquina se desvió de solo tres líneas, y el tren de placer se ha convertido en convoy fúnebre. Ved la imagen de toda sociedad que se precipita á esta rápida pendiente de la inmoderación en la riqueza y adelantos. Ved, hermanos míos, la solución humana que presenta una solución de ruina y perdición: el error no puede jamás ofrecer otras, y solo puede levantarse llorando del fondo de estas ruinas, y extender su mano á la verdad, diciéndole: vén á mí; vén á mí, y alumbrame! Y bien, la verdad viene á vosotros, y vais á oírla en toda su realidad y majestad.

2. Esa ciencia que llaman económica, por más complicada que sea en las cuestiones y en los hechos que examina, puede reducirse, sin embargo, á elementos muy sencillos: puede en efecto concretársela á estos dos problemas: problema de la producción, problema del repartimiento. Producir abundantemente, y distribuir con armonía es, si no me engaño, todo el anhelo de la ciencia económica. Y bien, el cristianismo, que por cierto se ocupa muy poco en estas cosas, y que aún podría decirse que ni siquiera hace alto en ellas, por la eficacia innata de sus principios logra lo que la ciencia no puede alcanzar, ó al menos, no lo puede lograr sin él. Y desde luego, el cristianismo, sin violencia alguna, alcanza la mayor producción. Lo que produce la riqueza es el trabajo: el trabajo es el padre de la riqueza. La cuestión está pues traída aquí á una cuestión de *trabajo*: hacer que el trabajo se extienda al mayor número posible, y se eleve lo más

posible en cada individuo: en eso consiste la dificultad. Ahora bien; la economía sensualista realiza un trabajo eminentemente estéril, mientras que el principio cristiano realiza un trabajo eminentemente productivo. ¿Cuál es el principio (yo no trato de la operación), digo, el principio de la economía sensualista? Su principio es el siguiente: «Trabajar para gozar,» cualquiera que sea la fórmula con que se encubra este principio. Ahora bien; ¿sabeis lo que hay más estéril é improductivo en el mundo? Es precisamente la cosa que se sobreentiende y se expresa realmente con esta palabra: *Gozar*. Y esto es así; porque, en efecto, gozar no es producir, sino consumir. Todo hombre á quien la Providencia ha dado *el gozar*, tiene para no trabajar una razón invencible. El trabajo es para él: *gozar*; es así que yo tengo el *gozar*, y lo tengo adecuado á la duración y á la extensión de mis necesidades; luego ¡añera trabajo! Los desgraciados á quienes no se ha dignado la Providencia dejarles ya preparado en este mundo y por toda su vida el banquete del rico, reducen toda esta cuestión práctica á los siguientes términos: *trabajar menos para tener tiempo de gozar más*, é imagina r un medio cualquiera de *gozar mucho, trabajando poco*; esto es decir: disminuir el producto, y aumentar el consumo!

Esta idea va descendiendo de día en día á la muchedumbre, y en lugar de derramar en ella la abundancia de las naciones, abre profundos abismos que no puede cegar la ciencia. Bajo la influencia de esta idea, el pueblo que trabaja, ¿qué deberá decirse, qué se dice en efecto? Vedlo en pocas palabras. ¡Hoy es tiempo de trabajar! Trabajemos hoy; pero mañana, mañana gozaremos... ¡Mañana! Parecerá tal vez demasiado tarde. ¿Quién sabe si viviremos mañana? Luego, no mañana, sino hoy, hoy!!! *Comedamus et bibamus: eras enim moriemur*. Amigos, trabajado hemos por la mañana, gocémonos en la noche. Sí; que todos los días, que en cada uno de nuestros días después del trabajo llegue el turno del placer, y que enjunge el sudor de nuestras frentes con su voluptuosa mano. Llegaos, llegaos, amigos: gocemos de los bienes que existen. Frutos son de nuestros trabajos, menester es devorarlos cuanto antes. Ved, hermanos míos, como el pueblo llega de las doctrinas á las consecuencias; ved como bajo la inspiración de las doctrinas que han de aportar el acrecimiento de la riqueza, el pueblo marcha por la disminución del trabajo al aumento de los goces. Y bien: ¿qué hace aquí el cristianismo? Poco hará si se quiere: pero ese poco que hace, es el todo. El cristianismo trastorna, ó más bien restablece la idea del trabajo, y con esta simple restauración abre en el seno de las poblaciones todas las fuentes

de una abundancia pura y legítima. Vais á verlo palpablemente. Y en primer lugar, el cristianismo no dice: El trabajo es para gozar; sino, el trabajo es un deber. Y esta sola expresion basta para resolver el problema. El cristianismo, dilatado eco de todas las doctrinas, de todas las voces del Sinaí, dice á todo hombre: Tu trabajarás seis dias, y descansarás en el séptimo. La razon de tu trabajo no es el gozar: esa es la ley que tú te fabricas. En el paraiso de sus delicias tu primer padre trabajaba ya; y en una tierra maldita, ¿cómo quieres descansar tú? En este valle de lágrimas, la ley del trabajo te manda dos veces, te manda con doble motivo; deber natural, castigo del pecado. Esa es la verdad, esa es tu ley, y no puedes tener otra.

Aún más; en la idea cristiana el trabajo es una expiacion, y ninguno comprenderá jamás todo lo que contiene esta idea en fecundidad y potencia para abrir las fuentes del trabajo. Un pueblo de penitentes, que no conoceis quizás vosotros, pero que existe, todos los dias amasa con lágrimas y sudores de la expiacion el pan de la confraternidad. Por último, el trabajo cristiano es además una cosa mayor que todo esto, más fecunda que todo: el trabajo en el pensamiento cristiano es un sacrificio. ¡Un sacrificio!... idea fecunda cual pudo existir jamás. El trabajo verdaderamente cristiano es una asociacion ó compañía mancomunada con ese trabajo divino de donde salió y vino la salvacion del mundo. El trabajo cristiano es un hombre que apretaba en cierto dia un crucifijo en sus manos, y mirándole, dijo á Jesus crucificado esta palabra: «Jornalero divino, vuestros trabajos y sudores han salvado toda la humanidad; aceptad los míos, unanse á los vuestros por vuestra dignacion, y que unas cuantas gotas de mis sudores mezcladas á los arroyos de sangre que por amor mio derramasteis, tenga el poder de redimir una miseria tan grande como la mia.» Tal es el trabajo cristiano. Ya entreveis que es un manantial de fecundidad profunda y de produccion real. El cristianismo no dice: Yo voy á organizar el trabajo; hace más y mejor que todo esto: él le dá vida, le dá fecundidad, y el trabajo se organiza él mismo solo, y sus frutos llenan la tierra.

Restame en fin, hermanos míos, desarrollar una breve consideracion. El segundo problema de la ciencia económica es la distribucion ó reparto de la riqueza; y este problema es muy legítimo. ¿Qué importa, en efecto, que la suma de la riqueza sea abundante, si por causa de un reparto ó distribucion desordenada, la superabundancia de unos ha de crear la indigencia de otros? Pero en eso cabalmente está la dificultad, y el enigma del reparto es más misterioso todavía que el enigma de la produccion. ¿Cuál es el verdadero movimiento

de la riqueza? Hermanos míos, si no me engaño, ese movimiento ha de resultar de la combinacion armónica de esas dos fuerzas que yo llamo fuerza de atraccion y fuerza de expansion. En virtud de la primera, el hombre se concentra en sí mismo; por la segunda, el hombre sale de sí y se comunica á los demás. Por la primera, el hombre se encierra y estrecha; por la segunda, se ensancha y se manifiesta. Por la primera, recibe; por la segunda, dá lo más que puede dar. En una palabra; por la primera, el hombre es individual, personal; por la segunda, es fraternal, social. Y por cuanto en las realidades de nuestra naturaleza, tal como actualmente existe, la fuerza atractiva tiene una preponderancia muy marcada, es absolutamente necesario, para que el reparto pueda verificarse de sí mismo con equidad y armonia, es absolutamente necesario, decimos, que exista una fuerza perpétua de reaccion contra la fuerza de atraccion. Y bien, ¿cuál es esta fuerza de expansion en la economia sensualista? Es el principio mismo de la produccion; porque así como ella prescribe que el trabajar es para gozar, ella dice tambien: Junir y aglomerar para gozar, enriquecerse para gozar. Y para esto, ¿sabeis lo que ella hace? Entrega el movimiento de la riqueza sin contrapeso ni freno á la ley terrible de las atracciones egoistas; abre á la faz de todas las fortunas, delante de las grandes, medianas y pequeñas, abre la tierra y los mares, el espacio entero, y dice á cada una de ellas: véte, anda y camina cuanto pudieras, y hazte lo que puedas. Ahora bien, muy sabido tenéis lo que pueden los bienes de fortuna, y sobre todo una riqueza grande cuando se halla abandonada á su propia ley; á saber, atraerse otras y otras tal vez mayores, acrecentarse más y más: ved todo y solo de lo que sea capaz. Yo diré, pues, á los prudentes del siglo: Vosotros habeis entregado el movimiento de la riqueza á la ley exclusiva de las atracciones; habeis lanzado vosotros la mitad, y aún las tres cuartas partes de la humanidad á las apreturas del egoismo; ¿qué quereis suceda ahora? Para detener ese vuelo inmoderado de la fortuna, ¿qué hareis vosotros? ¡Ah! yo lo sé; hay quienes tienen escogitado un medio muy sencillo: hacer pasar por todas las cabezas el rasero de la igualdad. ¡Insensatos! ¿no estais viendo vosotros que la libertad, la cual no puede morir porque ella es el hombre mismo, que la libertad habrá rehecho mañana esas igualdades que habriaís abatido hoy? Y ¿qué sucederá? Las riquezas individuales volverán á tomar otra vez más el curso de su ley invariable, volverán á tomar su vuelo hácia ese despotismo de las opulencias, que muy bien habreis podido sujetar ó reprimir por un tiempo en el mundo, pero que la fuerza misma de las cosas os desafia de reprimir para siempre...

Luego ¿qué será menester hacer? ¿Qué? ¡Ah, hermanos míos! es necesario romper con el error; es necesario desasirnos todos juntos y á un tiempo mismo de esa ley fatal de las atracciones egoistas. Si, salid, salgamos todos de esas apreturas frías y mortales: arrojémosnos, arrojémosnos todos juntos á los brazos abiertos de la verdadera fraternidad, de la verdadera caridad.

Jesucristo solo tiene necesidad de enseñar y mandar un precepto, un principio; el principio expansivo de la abnegacion de sí mismo; y por ese medio realiza en el mundo, despues de diez y ocho siglos, la fecundidad armónica del trabajo y del reparto de los bienes de la tierra, sembrando en el seno de la humanidad generaciones de hombres penetrados á fondo de este principios. ¡Ah! esas generaciones que ha engendrado Jesucristo, ¿no las habeis contado por ventura? Admirable generacion de almas sublimes para quienes ha valido siempre más el dar que el recibir, para quienes vale siempre más padecer que gozar, para quienes vale más vivir por los otros que vivir para sí mismas, para quienes morir, amados oyentes, morir vale más y es mejor que vivir, cuando con la muerte propia se puede hacer brotar el gérmen que produzca el bien ajeno. Y esos hombres, y esas mujeres, y esos niños, y esos ancianos, y esas vírgenes, y esos monjes, y esos ricos, y esos pobres, y esos príncipes, y esos artesanos, ¿no los habeis contado aún por ventura? No, no podríais contar esas almas de que Jesucristo ha sembrado el firmamento de su Iglesia, como Dios ha sembrado de estrellas el firmamento del cielo. Mas ¿no podreis admirarlas al ménos! ¡Ah! sí, sí; vosotros y yo podemos saludarlas muy bien con nuestra admiracion simpática. *O quam pulchra, casta generatio!* ¡Cuán hermosa se presenta en el número de los siglos esa generacion de santos? ¡Cuán hermosa está en medio de la gloria de sus sacrificios, en la auróla de sus abnegaciones! *Quam pulchra!* Cuando está ausente, hace sentir pesares que dan á entender el vacío que deja; y cuando de nuevo se presenta, suscita una fecunda imitacion que atrae las bendiciones de los pobres y de los menesterosos. Santo Domingo, San Francisco de Asis y San Vicente de Paul, siembran en derredor de ellos generaciones que perpetúan ó imitan todos sus obsequiosos servicios, todos sus sacrificios. ¡Oh! ¡y cuán hermosa es esa generacion! En su frente lleva la señal de los triunfos más hermosos; en sus manos lleva las palmas de la caridad, del desprendimiento, de la fraternidad y del sacrificio: *In perpetuum coronata.*

Y bien, el remedio á todas nuestras miserias es el siguiente: aumentar las filas de las generaciones de servidores desinteresados

que se sacrifican en las aras de la caridad. Sí, sí: con ellos marchemos bajo la ley de la expansion por el anchuroso camino de la fraternidad. Servid, hermanos míos, servid con desinterés; experimentad la soberana felicidad del dar. Desde este mundo gustareis ya vosotros las delicias que no reconocen otras superiores sinó los gozos del paraíso, en donde encontrareis vuestra corona.

RIQUEZA.

II.

Mortuus est autem ei dives, et sepultus est in inferno.

Murió tambien el rico, y fue sepultado en el infierno.

(Luc. xvi, 23)

Un pobre glorificado en el cielo y un rico sepultado en el infierno, es una suerte muy sorprendente que, sin embargo, no debe desesperar á los ricos ni engreír á los pobres, pues si hay ricos en el infierno, tambien hay pobres; y si hay pobres en el cielo, de él no están excluidos los ricos, puesto que el mismo Abrahan los está hoy representando en la gloria, despues de poseer en la tierra inmensos bienes, segun el testimonio de la Escritura. Con todo eso, hay que convenir en que la opulencia es mayor obstáculo á la salvacion que la pobreza. ¡Por qué? Voy á manifestároslo.

1. Las riquezas sirven de materia á tres fatales concupiscencias, indicadas por S. Juan: *Concupiscencia de los ojos, de la carne y orgullo de la vida.* Para entender mejor este pensamiento, hay que distinguir tres cosas en las riquezas: 1.ª la adquisicion; 2.ª la posesion; 3.ª el uso. La adquisicion de las riquezas ó el deseo de adquirir las es comunmente una ocasion de injusticia, y eso es el efecto de la concupiscencia de los ojos. Todo rico, dice S. Jerónimo, es injusto en su persona ó heredero de la injusticia de otros. Aunque esta proposicion parezca dura, harto la justifica la experiencia. Recordad las

casas ricas, y vereis pocas que no estén tachadas de injusticia. No sé que consecuencias resultan de ahí, ó mejor dicho, sé los errores que sobre eso preocupan á casi todos los ricos; pero desgraciados de ellos si se abandonan á una ciega avaricia, y desgraciado de mi si les ocultase unas verdades que deben salvarles!

Como quiera, digo en primer lugar, segun el Apóstol, que el deseo de adquirir riquezas es comunmente un origen de injusticias, porque los hombres quieren ser ricos á toda costa.

Tal es el fin que se proponen. Los medios se escogitarán; es preciso poseer. Bien quisieran conseguirlo por medios honrosos, pero, en su defecto, se valdrán de todos los demás. El satírico de Roma se lo echaba en cara á sus conciudadanos: ¿y no se nos puede reprender con las mismas palabras? Hé ahí, les decia, como razonais: *Rem si possis recte: si non, quocumque modo rem*. Ahora bien, supongamos á un hombre en esas disposiciones. ¿Qué no hará, y quién podrá contenerle?

¿Dónde están los ricos que se mantienen en una prudente moderación? En vano se les alega cuanto puede amortiguar el fuego de su avara codicia; responden para sí que nunca tienen bastante.

¿Qué injusticias no ha de acarrear esa desenfrenada pasión? De ahí tantos anatemas que los profetas pronunciaron contra esa hambre devoradora.

Enriquecerse por medio de un constante ahorro y de un trabajo asiduo, era la antigua senda que se seguía en la sencillez de los primeros siglos; pero despues se hallaron caminos más cortos y mucho más cómodos. Es de fé, que quien se enriqueciere prontamente no guardará su inocencia: *Qui festinat ditare, non erit innocens* (Prov. xxviii, 20.) Y en verdad, es incomprendible, por ejemplo, que con ganancias y emolumentos arreglados, se hagan de repente fortunas como las que estamos viendo. Eso va, decís, á condenar á muchas personas honradas; pero ¿en qué sentido lo son? Si hallan aqui su condenacion, váyanse con cuidado.

¿Hay que extrañar, despues de eso, que el Hijo de Dios, hablando de las riquezas, las llame riquezas de iniquidad! ¡Preguntaremos por qué el Sábio buscaba do quiera un justo que no hubiese ambicionado el oro y la plata, y por qué le consideraba como á un hombre de milagros! Si es raro, prosigue S. Agustín, hallar un justo desinteresado, ¿cuánto más, no difícil, sinó imposible, debe ser que un hombre apegado á su interés se mantenga justo? ¿Queréis, concluye S. Bernardo, moderar este injusto deseo? Comprended la obligacion de la limosna. O sois ricos y os sobra algo, y entónces lo que os sobra no

es para vosotros, sinó para los pobres; ó poseéis una fortuna mediana, y entónces ¿qué os importa atesorar lo que guardar no podreis?

2. El hombre del siglo es orgulloso, porque posee los bienes de la tierra. El Apóstol encomendaba particularmente á su discípulo Timoteo, que mandase á los ricos que no se enorgullecieran de su fortuna. El sabio, dice S. Agustín, que el espíritu del cristianismo es esencialmente opuesto al espíritu de orgullo; y, por otra parte, no ignoraba que el espíritu de orgullo es como inseparable de las riquezas.

En efecto, las riquezas inspiran naturalmente dos sentimientos de orgullo: *el uno respecto á los hombres, y el otro respecto á Dios*.

1.º Es una consecuencia del estado en que se halla el rico por su opulencia: no necesitar á nadie; *primer efecto de la opulencia*, y disposicion próxima de despreciar á todos. ¿Qué haré con éste, dice un rico mundano, y qué me va en guardar consideraciones á aquél? No más afabilidad, ni dulzura, ni paciencia, ni respeto.

2.º Ver á todos en la dependencia, esto es, verse buscado de todos, de todos temido y obedecido, *es otro efecto de la riqueza*. ¿Y qué hay más adecuado para alimentar la presuncion de un alma soberbia? La humillacion del rico seria pensar cuales son los servidores y amigos de que se precia; servidores y amigos interesados. Mas no importa; para él es una gloria tener con el nombre de amigos muchos mercenarios y esclavos.

3.º Hallarse en estado de emprenderlo todo y hacerlo todo impunemente, es el *tercer efecto de la abundancia*. Las leyes son para los miserables, decia Salviano; pero á los ricos todo les es licito. Y ved ahí, segun el real profeta, lo que les vuelve arrogantes é insolentes: *Ideo tenuit eos superbia* (PSALM. LXXII, 6.)

4.º Tener aduladores, por más que se haga, es el *cuarto efecto de la opulencia*. El pobre habla con cordura, dice el Espíritu Santo, y apénas le escuchan; el rico habla sin ton ni son, y le escuchan con respeto, elogiando hasta los deseos de su corazon. En fin, el rico lo es todo por excelencia, y sin mérito, lo ha merecido todo. ¿No seria pues una especie de prodigio que supiese preservarse del orgullo?

San Pablo no habla casi nunca de la avaricia que no la trate de idolatría: *Quo est simulacrorum servitus* (COLOS. iii, 5.) Y en efecto, el Dios del rico es su dinero, puesto que ama su dinero, confia en su dinero, despreciando al verdadero Dios. Sirva de ejemplo aquel hombre de que habla el profeta Oseas, quien decia: Me he vuelto rico, y en mis riquezas he encontrado mi idolo: *Dives effectus sum, inveni idolum mihi* (OSEAS. xii, 8.) ¿Cuántos ricos piensan lo mis-

mo! y sin que nos lo expliquen, su conducta nos dá á conocer bastante las verdaderas disposiciones de su corazón.

3. El hombre del siglo es voluptuoso, porque usa mal de las riquezas. Desde luego parece extraño que el Rico de nuestro Evangelio fuese tan altamente condenado por Jesús. ¿Qué habia hecho para merecerlo? Vestía púrpura y lino; pero ¿no lo requería su condicion? Tratábase magníficamente; pero, sin eso, ¿de qué le hubiera servido su riqueza? Así juzga el mundo, y yo contesto que el mundo se equivoca cuando se persuade de que el rico tiene derecho á vivir más suntuosa y voluptuosamente. La moral del paganismo pudiera darme sobre el particular materia con que confundir á muchos cristianos; pero la moral evangélica va aún más léjos, pues nos enseña que cuanto más rico es un cristiano, más penitente debe ser, por tres razones: 1.º porque el rico está mucho más expuesto que el pobre á la corrupcion de los sentidos; 2.º porque comunmente está más cargado de culpas y es más responsable á la justicia de Dios; 3.º porque halla en su condicion más obstáculos á la penitencia, que es el camino por donde puede volver á Dios y salvarse.

Si así es, ¿qué haré de mis rentas?

Servirte han para honrar á Dios, para ejercer la caridad con el prójimo, para redimir tus pecados.

Ese es el uso que debieras hacer de tus riquezas. Pero porque tienes bienes, quieres gozarlos sin restriccion. Quieres que el fruto de las riquezas sea todo lo que puede contribuir á una vida cómoda, por no decir deliciosa... Llorad, dice Santiago á los ricos: *Agite nunc, divites, plorate, ululantes* (JAC. v, 1.)

DIVISIONES.

RIQUEZAS.—Es necesario que la avaricia no las encierre. Es necesario que la prodigalidad no las disipe.

RIQUEZAS.—Es preciso ó que triunfemos de las riquezas ó que las riquezas triunfen de nosotros.

Para triunfar de las riquezas es preciso despreciarlas.

Para triunfar con las riquezas debemos aplicarlas á la gloria de Aquel que nos las ha dado.

RIQUEZAS.—Deben ser purificadas por la justicia y por la caridad.

Deben ser distribuidas con confianza y con fidelidad.

RIQUEZAS.—Hay que adquirirlas sin injusticia.

Hay que conservarlas sin inquietud.

Hay que poseerlas sin codicia.

RIQUEZAS.—Son semillas de toda suerte de buenas obras en las manos de un hombre de bien.

Son semillas de toda suerte de pecados en las manos de un hombre perdido.

RIQUEZAS.—Cuando las poseemos por el nacimiento ó la fortuna, debemos emplearlas en santificarnos en nuestra condicion.

Cuando las debemos á la virtud, debemos emplearlas en establecer la virtud.

Cuando nos las ha procurado el pecado, debemos emplearlas en destruir el pecado.

RIQUEZAS.—No deben comprarse al precio de nuestra inocencia.

No deben ser un obstáculo para vivir en el espíritu de pobreza.

No deben hacernos negligentes en las obras espirituales.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Dives cum dormierit, nihil secum auferet; aperiet oculos suos, et nihil inveniet: apprehendet cum quasi aqua inopia, nocte opprimet eum tempestas. Job. xxvii, 19, 20.

Divitiae si affluant, nolite cor apponere. Psalm. lxi, 11.

Dormierunt somnum suum; et nihil invenerunt omnes viri divitiarum in manibus suis. Psalm. lxxv, 6.

Benedictio Domini divites facit. Prov. x, 22.

Non proderunt divitiae in die ultionis. Item. xi, 4.

En muriendo el rico nada llevará consigo; abrirá los ojos de su alma, y se hallará sin nada; sorprenderá una avenida de miserias; quedará oprimido por la tempestad nocturna.

Si las riquezas os vienen con abundancia, no pongais en ellas vuestro corazón.

Durmieron su sueño; y todos esos hombres opulentos se encontraron sin nada, vacías sus manos.

La bendiccion del Señor hace ricos á los hombres.

Nada servirán las riquezas en el día de la venganza.

Melius est parum cum timore Domini, quam thesauri magni et insatiabiles. Idem. xv. 16.

Ne erigas oculos tuos ad opes, quas non potes habere. Idem. xxiii. 5.

Multos perdidit aurum, et argentum. Eccli. viii. 5.

Si dives fueris, non eris immunis á delicto. Eccli. xi. 10.

Domus que nimis locuples est annullabitur superbia. Idem. xxi. 5.

Beatus dives... qui post aurum non abiit; nec speravit in pecunia et thesauris. Idem. xxxi. 8.

Ubi sunt... qui argentum thesaurizant, et aurum, in quo confidunt homines...? ad inferos descendunt, et alii locorum surrexerunt. Baruch. iii. 16, 18, 19.

Nolite thesaurizare vobis thesauros in terra; ubi aerugo, et tinea demolitur; et ubi fures effodiunt et furantur. Matth. vi. 19.

Ubi enim est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum. Idem. ibid. 21.

Sollicitudo seculi istius, et fallacia divitiarum, suffocant verbum, et sine fructu efficiuntur. Idem. xiii. 22.

Nihil intulimus in hunc mundum: haud dubium quod nec auferre quid possumus. I Tim. vi. 7.

Qui volunt divites fieri, incidunt in tentationem, et in la-

Mas vale poquito con temor de Dios, que grandes riquezas, las cuales nunca sacian.

No pongas tus ojos en las riquezas que no puedes adquirir.

A muchos ha corrompido el oro, y la plata.

Si te hicieres rico, no serás exento de culpa.

La más opulenta casa será arruinada por la soberbia.

Bienaventurado el rico... que no anda tras del oro; ni pone su esperanza en el dinero y en los tesoros.

¿Dónde están aquellos... que atoraban plata y oro, en que ponen los hombres su confianza...? descendieron á los infiernos, y su puesto le ocuparon otros.

No queráis amontonar tesoros para vosotros en la tierra, donde el oria y la polilla los consumen; y donde los ladrones los desentieran y roban.

Porque donde está tu tesoro, allí está también tu corazón.

Los cuidados de este siglo y el embeleso de las riquezas, sofocan la palabra del Evangelio, y quedan infructuosas.

Nada hemos traído á este mundo; y sin duda que tampoco podremos llevarnos nada.

Los que pretenden enriquecerse, caen en tentación, y en el lazo del

queum diaboli, et desideria multa. Idem. ibid. 9.

Divitibus hujus seculi præcipe non sublime sapere, neque sperare in incerto divitiarum. Idem. ibid. 17.

diablo, y en muchos deseos inútiles.

A los ricos de este siglo mándales que no sean altivos, ni pongan su confianza en las riquezas caducas.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Las riquezas son muy peligrosas al hombre, si no usa de ellas como de un mero don recibido de Dios; de este modo ni le ensoberbecerán el adquirirlas y poseerlas, ni le abatirán hasta la desesperación el perderlas. Con esta disposición las poseyó Job; por esto, al traerle la noticia de sus desgracias, exclamó: *nudus egressus sum ex utero matris mee, et nudus revertar illuc: Dominus dedit, Dominus abstulit: sicut Domino placuit, ita factum est* (Job. 1.)

Dios castigó en el rey Ezequías la vanidad que tuvo en mostrar sus riquezas á los embajadores del Rey de Babilonia, amenazándole por el profeta que se las destruiría. (IV Reg. xx.)

Nada hay más difícil en este mundo que el ver hermanadas en un mismo sugeto la virtud y las riquezas: pero á fin de que no tuviéramos por imposible esta union, Dios nos ha presentado diferentes modelos de personajes ricos y al mismo tiempo virtuosos. Tales son, entre otros. Abrahan, Isaac, Jacob, José, Samuel, David, Josafat, Ezequías, Sara, Rebeca, Judit, Ester y Susana.

Esto no obstante, para que conociéramos los peligros que traen consigo las riquezas, Jesucristo, que era el rey de la gloria, apareció entre nosotros pobre y gran panegirista de la pobreza, quitándole aquella nota de infamia que le habia impreso la ambicion humana. *Filius hominis non habet ubi caput reclinet* (MATTH. vii): sobre cuyas palabras dice muy oportunamente S. Lorenzo Justiniano: *hinc cum esset dives in omnibus, factus est in hoc mundo omnium pauperrimus, ut quam magnum esset bonum paupertatis virtus, prius ostenderet exemplo, quam verbo* (DE LIGN VILE).

Hablando S. Buenaventura de la pobreza de la Virgen Maria, nos hace observar, que *Christum pauperula mater pauperem peperit, ut nos ad paupertatem invitaret, et sua inopia ditaret* (DE PAUPERE.)

Zaqueo, á quien los escribas y fariseos tenian por gran pecador, puesto á la presencia de Jesucristo, hace esta bella confesion con res-

pecto á sus riquezas: *Ecce dimidium bonorum meorum, Domine, do pauperibus; et si quid aliquem defraudavi, reddo quadruplum* (Luc. xix). Si muchos de tantos ricos improvisados como admira nuestro siglo, pudieran decir lo mismo, no habria tantas muertes obstinadas como vemos.

¿De qué le sirvieron al Rico avariento los tesoros que en tanta abundancia poseyó? De verdadero motivo para su condenacion. Las riquezas le hicieron gloton y sensual, la glotoneria y la sensualidad le hicieron duro de corazon é insensible á todas las penas del prójimo: y el que en este mundo se tapaba los oídos por no oír las voces lastimeras del hambriento Lázaro, pretendia de éste una gota de agua que templara su eterno é inextinguible ardor (Luc. xvi.)

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Qui male utitur divitiis miserabilis est, ut ille qui sponte se vulneraverit eo gladio, quem ad vindictam hostium sumpsit. S. Gregor. Nazianz.

Ad subsidium vitæ, non ad malorum incitamentum opes datæ sunt, pecunia animæ redemptio, non exitii occasio. S. Basilíus, Orat.

Discant divites non in facultatibus crimen haberi, sed in his qui nesciunt uti: nam divitia, ut impedimento sunt improbis, ita bonis sunt adjumenta virtutum. S. Ambros. in Luc.

Omnis dives aut iniquus, aut iniqui hæres. S. Hieron. Epist. ad Heliod.

Divitia maximæ sunt, non egere divitiis. S. Chrysost. Hom. 25.

El que no se sirve bien de las riquezas, es tan miserable como uno que se ha herido á sí mismo con la espada, con que debía vengarse de su enemigo.

Las riquezas se nos dan para pasar esta vida, no para que nos estimulen al mal; el dinero debe servir para redimir nuestros pecados, no para arrastrarnos á la perdicion.

Sepan los ricos que no está el delito en las riquezas, sino en abusar de ellas; pues si á los malos les sirven de tropiezo, á los buenos les ayudan para adquirir más virtudes.

Todo rico ó es intcno, ó here-dero de un rico injusto.

La mayor riqueza consiste en no sentir necesidad de riquezas.

Beatus qui post illa non abiit, que possessa cnerant, amata inquinant, amissa cruciant. Id. Ep. 105.

Bona vis habere, et tu bonus esse non vis; erubescere debere de bonis tuis, si domus plena bonis te malum habet dominum. S. August. Sermon. 12 de verb. Domini.

Divitiæ si affluant, nolite cor apponere: *non dicit: nolite habere, sed cor apponere; non enim damnavit divitias, sed cor appositum, quod scilicet non expendit, sed recondit.* Idem. in Psalm. 61.

Sole divita veræ sunt, que nos divites virtutibus efficiunt; si ergo divites esse cupitis, veras divitias amate. San Gregor. Hom. 15 in Evang.

Divitiarum urdor insatiabilis longe amplius desiderio torquet, quam uso suo refrigeret. S. Bern. in Sentent.

Bienaventurado aquel que no va tras las riquezas, que una vez poseidas, pesan; una vez amadas, coinquinan; y perdidas, atormentan.

Quieres poseer bienes sin cuidarle tú de ser bueno: avergonzarte debieras por tus riquezas y al ver que tu casa, colmada de bienes, tiene un amo perverso,

Si las riquezas vienen en abundancia, no pongais en ellas vuestro corazon: no dice; no las poseais: sino, no pongais en ellas el corazon; porque no condenó las riquezas, sino el apego á las mismas, el cual nos hace siempre atesorar, nunca expender.

Solo son reales aquellas riquezas que nos hacen ricos en virtudes: si deseais pues de veras ser ricos, amad las verdaderas riquezas.

La insaciable codicia de las riquezas atormenta mucho más con su deseo, de lo que satisface su uso y posesion.

RIQUEZAS; véase: POBREZA Y RIQUEZA

ROGATIVAS.

Voca ergo, et ad aliquem sanctorum convertere.

Llama, pues, y vuelve tu vista á algunos de los santos.

[Jon. v. 4.]

Poderosa es la influencia que en el corazón del hombre ejercen las desgracias. Rodeado de indigencia, rico de deseos, y al mismo tiempo débil para bastarse á sí mismo, siente sobremanera los golpes de la adversidad; y hasta el varón más robusto tiembla de espanto, cuando ésta se le presenta con su rostro sañudo y su mano de hierro. Este temor nos prueba cuán débil é impotente es el hombre, aún en medio de su orgullo insensato y procaz. Puede, en un momento de locura mental y de desvarío frenético, halagarse á sí propio con un poder que él abulta; puede, en un acceso de fiebre, hacer alarde de salud y de fuerzas que exagera; puede, con la fogosidad propia de la soberbia creerse tan fuerte como la encina que sobrevive á los siglos; pero dejad que llegue la hora de prueba; dejad que retire su mano el que sacó el mundo de la nada; ¿qué es entonces del poderío del hombre? ¿qué de su altanería? ¿Dónde está el insensato que se tenía por omnipotente? ¿Quién resiste entonces á la tormenta? ¿Quién da orden á la adversidad para que se retire? Buscad quien mande al cielo que le deje tranquilo, y no encontrareis más que opresión en los corazones á la vista de la desgracia.

Confesemos, pues, que el hombre es sobremanera débil, que es pobre y miserable. Pero claro es que, siendo débil, necesita de un socorro superior, de un auxilio que no puede prestarse á sí mismo, de una protección que en vano buscaría entre las potestades de la tierra. Es necesario que alee los ojos al cielo para pedir misericordia; es preciso que ore y elame á Dios para que le favorezca. Nuestro corazón siéntese naturalmente inclinado á obrar de este modo. Sean cuales fueren los sentimientos religiosos de un pueblo, vereis que en las calamidades públicas levanta sus ojos al cielo; que cuando le amenaza un grave mal, llama á Dios é implora su misericordia. Vosotros

mismos, ahora que gemís bajo el peso de la tribulación, no buscaís á los poderosos, ni á los sábios, ni á los oradores, sino que acudís á Dios para que os consuele. Continúaad buscando en él vuestro remedio; dirigidle fervorosas oraciones, recurrid á la poderosa protección de los santos; y no dudéis que el éxito corresponderá á vuestros deseos. Esto es lo que me propongo demostraros, despues de haber implorado los auxilios de la gracia : A. M.

1. «Invoca á Dios, y vuelve tu vista á alguno de los santos.» Estas palabras dirigía en otro tiempo Eliphaz Themanites al paciente Job en medio de los infortunios con que el Señor quiso fuese acrisolada su virtud. ¡Prudente y sábio consejo! ¡Advertencia consoladora! ¡Rasgo tierno y edificante, si hubiese procedido de la caridad, y no del tenaz empeño de obligarle á confesar, que el gran cúmulo de calamidades que le angustiaban, eran la consecuencia de sus pecados! Porque, ¿hay cosa más razonable, que acudir el hombre en las calamidades al que por sí mismo gobierna todas las cosas, y pedir á los santos que se interesen en su favor?

En efecto, la idea de la bondad y omnipotencia de Dios, que es nuestro Criador y nuestro Padre, y la triste experiencia de nuestras calamidades, hacen necesaria cierta especie de comunicacion con Dios, á que propende irremisiblemente nuestra naturaleza. El mismo corazón nos eleva hácia el cielo en alas del suspiro, y el entendimiento tiene interiores palabras que no comprende nadie sino Dios. No hay país donde no se ore, ya sea gentil, ya viva envuelto en otros errores. No habia, pues, necesidad de que se nos impusiera un precepto expreso sobre la oracion, como no lo hubo para mandarnos tomar alimento; pero Jesucristo con su ejemplo y con sus palabras nos alentó á orar, asegurándonos que los oídos de nuestro Padre celestial están siempre abiertos para oír nuestras oraciones, tanto en las necesidades ordinarias, como en las calamidades públicas. Oremos, pues, si queremos que Dios se apade de nosotros y nos consuele. Oremos; Ezaquiel oró, y no solo se le restituyó la salud, sino además quince años de vida, un célebre triunfo de sus enemigos y el aumento de su familia. Oremos: el real Profeta pidió á Dios le librase de sus enemigos, y el Señor le concedió además vida larga y gloria sempiterna como progenitor de Cristo. Oremos: Salomon no pidió más que sabiduría ó prudencia para gobernar, y se le concedieron tambien grandes riquezas y honores. Oremos: orando Jeremías fué confortado en la cárcel, Daniel se alegró entre los leones, los tres jóvenes de Babilonia quedaron libres de las llamas, Job triunfó de Sa-

tanás, Susana se salvó de una muerte ignominiosa y cruel, el buen Ladron halló desde la cruz el Paraíso, y Esteban voló al cielo.

Pero, para que nuestras oraciones sean escuchadas por Dios purifiquemos nuestra conciencia. Comenzar nuestra oración bajo el peso de culpas, que no queremos sean borradas, equivale á pedir á Dios haga durar por mucho tiempo nuestras tribulaciones, ¡Señor! exclamaba Salomón, «tú oírás las súplicas de tu siervo y de tu pueblo, desde el lugar de tu mansion en el cielo, y en oyéndolas, te mostrarás con ellos propicio. Si tu pueblo huyere á la presencia de sus enemigos, y haciendo penitencia vinieren sus hijos á orar y á implorar tu misericordia en esta tu casa, óyelos tú desde el cielo, y perdona el pecado de tu pueblo. Si el cielo se cerrare, y no lloviese por causa de sus pecados, y orando en este lugar hicieren penitencia y se convirtieren de sus culpas, atíendelos desde el cielo, perdónales sus pecados, y envía lluvias á la tierra. Si viniere hambre al país, ó peste, ó infección de aire, ó tizon, ó langosta, ó añublo; en toda plaga, en toda suerte de calamidad, siempre que cualquiera de tu pueblo recurriese á tí, reconociendo la llaga en su corazón, tú le escucharás, y te le mostrarás propicio.» Si queremos, pues, ser escuchados hemos de reconocer la llaga que el pecado ha hecho en nuestro corazón; hemos de llorar nuestros extravíos; hemos de hacer penitencia. Sin las lágrimas del dolor, no esperemos escuche Dios nuestras peticiones y gemidos.

2. Reconociendo, además, que por nuestras maldades somos indignos de acercarnos al trono de la divina gracia, recurramos como á interesados á los santos, que son nuestros abogados cerca de Dios. A esto nos excita nuestra madre la Iglesia haciendo las públicas rogativas que acabamos de presenciar; cierta como está que la oración de los amigos de Dios es eficaz y fructuosa. No hay bien, por grande que sea, cuya consecucion no pueda ser promovida por la intercesion de los santos, ni mal que no podamos alejar ó suavizar cuanlo logramos interesarlos en nuestro amparo. En tiempo del papa S. Gregorio, las naciones ardian en guerra; los campos incultos escaseaban sus frutos; las ciudades más populosas eran entregadas á las llamas, á la devastacion, al pillaje; la peste causaba los más terribles estragos; la naturaleza entera, resentida de los ultrajes que se hacian á su Autor, se levantaba contra el hombre, ya que el hombre se rebelaba contra su Dios. Aparecian en el cielo señales aterradores; fenómenos espantosos velanse en la tierra; en unas partes, incendios devoradores; en otras, huracanes formidables. Las cataratas del cielo abrianse de nuevo, y las inundaciones arrebataron gran número de pueblos y

pobladores. El Adigé, saliendo de madre, levantó sus aguas hasta las ventanas superiores del templo de S. Cenon de Verona. El Tiber, derramándose sobre las murallas de Roma, arruinó sus antiguas fabricas, llevóse entre sus olas los graneros de la Iglesia, y echó el sello al espanto una multitud de serpientes de desmesurada grandeza que rebolaban las corrientes á la playa. La insalubridad del aire, impregnado de pestilentes miasmas, la hediondez de los cadáveres orillados á las riveras, y un sin número de causas, produjeron una espantosa epidemia, entre cuyos primeros despojos se cuenta el papa Pelagio. Las casas quedaban vacías, los padres llevaban al sepulcro á los que debian ser sus herederos.

Este era el cuadro que representaba el mundo, que por sus maldades habia provocado contra sí tan pavorosos castigos, cuando fué elevado al trono pontificio S. Gregorio el Grande. ¡Qué angustias para su afligido corazón! ¡Qué amarguras para su alma tan compasiva! ¡A quien acudir en tan apurado lance? Si levanta los ojos al cielo, no vé más que la cólera de un Dios ofendido. Si busca auxilio en lo profundo, las criaturas todas claman venganza contra el pecado. Si, como Moisés, quiere representar á la divina misericordia, su humildad le abulla sus imperfecciones. ¡Qué hará, pues? Exhortará penitencia y recurrir á la proteccion de los santos, cuyas oraciones son muy poderosas ante el divino acatamiento. A este fin ordenó solemnemente rogativas. ¡Y cuál fué el resultado de estas públicas deprecaciones? Frente de la mole de Adriano dejóse ver un Angel que envainaba la espada teñida en sangre, para significar que, aplacado el enojo del Señor por las lágrimas de penitencia y la poderosa intercesion de los santos, cesaba desde aquel instante la plaga, como el suceso lo comprobó.

Si debemos, hermanos míos, temer el azote de Dios cuando con él nos amenaza, temámosle ahora que ha caido sobre nosotros y sentimos sus golpes. ¡Quién sabe si nuestros desórdenes le harán permanecer mucho tiempo con el brazo levantado? Reformemos, pues, nuestras costumbres; oremos con fervor; implóremos el auxilio de los santos; hagamos lo posible por interesarlos en nuestro amparo; de este modo alejaremos el furor de las divinas venganzas en esta vida, y seremos eternamente felices en la otra. Así sea.

Véase : CALAMIDADES PÚBLICAS.

FIN.